

Imposición de la medalla Isidro Fabela a Michelangelo Bovero



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

SERIE

EL DERECHO Y

35

SUS MAESTROS

NÚMERO

Imposición de la medalla
Isidro Fabela a
Michelangelo Bovero



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
México 2008

COLECCIÓN LECTURAS JURÍDICAS

Serie El Derecho y sus Maestros
Número 35

Primera edición: 2008
© D.R. Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, 04510, México, D. F.

FACULTAD DE DERECHO

Prohibida su reproducción parcial o total por cualquier medio,
sin autorización escrita de su legítimo titular de derechos.

ISBN (Serie El Derecho y sus Maestros): 970-32-0148-2
ISBN (núm. 35): 978-970-32-xxxxxx

Impreso y hecho en México

Palabras de don Fernando Serrano Migallón

Honorable Consejo Técnico
Queridos maestros eméritos
Doctor Michelangelo Bovero
Señores profesores
Compañeros universitarios
Señoras y señores

Desde hace varios años, cuando nuestro Consejo Técnico decidió establecer la Medalla Isidro Fabela, tanto para honrar la memoria de uno de sus hijos: luchador por la libertad de pueblos e individuos, promotor de la solución pacífica de las controversias, de la igualdad jurídica de los estados y defensor de la legalidad frente a la violencia y la opresión, como para honrar a todos aquellos que han hecho suyos esos valores y los han convertido principios de su acción en el mundo.

Este premio se ha convertido una oportunidad para nuestra casa de reafirmar sus valores, de renovar sus compromisos de abrir al mundo sus puertas para oír voces y conceptos de quienes, desde distintos campos de actividad, han hecho del mundo un campo abierto para difundir las ideas que nos identifican a todos quienes amamos la libertad y la justicia y las consideramos las únicas bases para edificar la sociedad del hoy del mañana.

A lo largo de los años escritores, jueces, historiadores y hombres de Estado han recibido el reconocimiento de esta comunidad académica; de cada uno de ellos hemos recibido el mensaje de aliento que nos permite afirmar que nuestra batalla cotidiana, materializada en educación no sólo de juristas sino sobre todo de ciudadanos, es un esfuerzo que rinde frutos en la realidad, que construye civilización y futuro.

En nuestra comunidad se presentaron presidentes de tribunales y también revolucionarios; hombres retirados al sonoro silencio de la literatura y otros dedicados a la conducción de sociedades en la actividad política de Europa y de América Latina, provenientes de tres espacios idiomáticos pero todos, cada uno de ellos, convencidos defensores de la libertad, la democracia y la justicia; por eso, han pasado por nuestra casa con la confianza y calidez con que lo hacemos cada uno de nosotros.

Hoy, en cumplimiento del acuerdo del Consejo Técnico de la Facultad de Derecho, que concede a don Michelangelo Bovero, la Medalla Isidro Fabela, cumplimos también con el grato deber de rememorar a Fabela, reconocer el esfuerzo de Bovero y a través de ellos, manifestar el vigor de las convicciones de nuestra comunidad.

Isidro Fabela perteneció a una de las más célebres generaciones de la historia reciente de México; mujeres y hombres comprometidos con la historia de su país; revolucionarios en el sentido más honroso del término, que lo mismo hicieron las batallas de la pólvora que las luchas de la pluma y que lograron, desde sus primeras manifestaciones en el mundo, presentarse y concebirse a sí mismos como trabajadores de la cultura y la inteligencia.

Ninguna acción es en Fabela producto de lo accidental o del exceso de vitalidad; al contrario, aun sus esfuerzos más denodados, en los que priva una voluntad de hacer y de prevalecer, deben entenderse cómo los productos de un pensamiento sereno y agudo; de una argumentación rigurosa y de un pensamiento universal y tolerante. Por eso, hoy nos enorgullece entregar este reconocimiento a uno de los más célebres filósofos sociales y políticos de nuestro tiempo.

Michelangelo Bovero es uno de los hombres que han logrado traducir en palabras las largas tradiciones de occidente que nos han permitido construir nuestra civilización y nuestra cultura

Bovero construye una idea del hombre para la libertad, y de la política a su servicio, es un constructor de la vida pública concebida como un espacio de y para los ciudadanos; su palabra es un gramática de la democracia. Sabe que la mejor arma que poseemos en nuestra civilización es la acción fundamentada en ideas y también las palabras que animan y dan cuerpo al pensamiento.

El doctor Bovero viene de un país con una cultura tan antigua como

occidente; de hecho, de un pueblo que constituye uno de los pilares de nuestra civilización. En su caso, como en el de quienes habitaron esas tierras en los años luminosos del Renacimiento, ha contribuido a las transformaciones del mundo y sobre todo a la crítica de esas transformaciones enunciando mensajes de reflexión que se traducen en espíritu de cambio y de permanencia.

Ninguna cultura como la nuestra ha desarrollado una capacidad de autocritica semejante; la cultura occidental es grande por su capacidad de cuestionarse y reconstruirse; por su infinita sed de horizontes y su capacidad para alcanzarlos pero siempre sobre el ideal y sobre el pensamiento.

En tiempos como los nuestros, donde la velocidad de los mensajes y de las imágenes, parecieran haber devaluado la inteligencia entendida como capacidad de comprensión y raciocinio; existen voces que han hecho de las universidades el lugar privilegiado para irradiar su potencia concientizadora.

En el verano cruel de 1939, Isidro Fabela se atrevió a lo imposible; amparado en la, fuerza moral y jurídica del gobierno de Lázaro Cárdenas, enfrentó al fascismo con la única fuerza capaz de cimbrar sus perversos cimientos: la palabra y la justicia de las razones. Entonces, el enemigo era una doctrina que odiaba la razón porque no podía comprenderla; que pretendía un milenio de oscuridad por la simple causa de que no sabía disfrutar de la luz y que negaba el derecho a la vida por estar comprometida con la muerte.

Hoy, el reto parece menor, pero no es correcto dejarse llevar por las apariencias; Bovero ha comprendido que podemos perderlo todo si no volvemos a poner a las instituciones al servicio de los ciudadanos, si nos abandonamos a los consensos sin contrastarlos contra un principio de razón; si no sabemos respetar a las universidades por su pensamiento y a los pueblos por sus derechos.

Don Michelangelo Bovero.

Reciba con la presea que nuestra comunidad le ofrece, el compromiso de una comunidad académica empeñada llevar la luz de la razón a todos los sectores de la actividad de nuestro pueblo y de nuestra cultura; de un grupo de mujeres y hombres, estudiantes y profesores,

convencidos del enorme poder de la inteligencia al servicio de la libertad; de una Facultad que, como la suya, confía más en la fuerza de las ideas que en todas las potencias del mercado, la guerra y la fuerza.

Reciba pues, con la insignia que lleva el nombre de Isidro Fabela, un mensaje acuñado por generaciones; que los hombres podemos ser mejores por la educación libre y que, en consecuencia podemos crear sociedades más felices.

Muchas gracias.

Palabras de don Michelangelo Bovero

Kat'axian

A cada quien lo suyo¹

La decisión de esta prestigiosa Facultad, de otorgarle a mi modesta persona la medalla “Isidro Fabela”, me honra más allá de cualquier expectativa. Al expresar mi más sincero y sentido agradecimiento, debo —antes que nada— confesar que me considero inadecuado a tanta honra. La comparación con la estatura moral y la relevancia histórica de Isidro Fabela, cuyo nombre lleva este reconocimiento, me hace sentir pequeño. Así como también la sólida fama de las personas premiadas anteriormente, me intimida.

Sin embargo, con alguna incertidumbre y con mucha emoción, he resuelto aceptar la medalla Isidro Fabela; pero —si me lo permiten— no lo hago a título personal, para alimentar mi orgullo, sino en calidad de representante de una tradición cultural que me incluye y me rebasa: la que se ha querido llamar la “Escuela de Turín”, de la que soy un alfil anciano.

La de Turín es una escuela de pensamiento dedicada a los estudios de teoría jurídica y política pero que nunca ha estado alejada de la vida real; de hecho y por el contrario, sus integrantes siempre se han visto atraídos por una fuerza irresistible hacia los problemas pulsantes de la existencia y de la convivencia; que los ha llevado a ser parte en la batalla siempre abierta, nunca ganada pero nunca perdida de manera definitiva, por lograr un mundo más civilizado y más humano.

Quisiera entonces, no sólo dedicar, sino en cierto sentido, devolver de una manera ideal, este premio que la Facultad de Derecho ha

¹ Traducción Pedro Salazar Ugarte.

decidido otorgarme, a las figuras que en el transcurso del tiempo han constituido las fuentes intelectuales y morales de la tradición turinesa, en la que yo mismo me formé. *Kat'axian*: a cada quien lo suyo, en virtud del valor. Comenzando por Gioele Solari, que los historiadores de la Universidad de Turín han definido como “el maestro de los maestros”; siguiendo con Alessandro Passerin d’Entrèves, primer profesor titular de la Cátedra de Filosofía Política, que hoy inmerecidamente ocupo; para culminar con mi maestro, Norberto Bobbio, al cual le debo lo que sé y lo que soy... y no es su culpa. Pero las personas a las que les debo agradecimiento especial son muchas más. Me gustaría ser capaz de estrecharlas —en un abrazo ideal— a todas ellas con la cadena de esta medalla.

Conocí a Bobbio cuando yo tenía diecinueve años. Transcurría el año crucial de 1968. Él apenas había rebasado la edad que yo tengo ahora. En aquel tiempo, se me consideraba una especie de *enfant prodige*. De hecho, era presumido y arrogante: listo para contradecir a cualquiera, incluso a los profesores, haciendo gala de mi supuesta sabiduría superior. Por otra parte, desde entonces, estaba contagiado por una especie de profundo pesimismo —o, mejor dicho, de catastrofismo— sobre los destinos de todo y de todos: esa es una enfermedad que nunca he superado y, en ello, Bobbio no me ayudó. Sin embargo, mi actitud en general no era ni la de un misántropo, ni la de un autista; por el contrario, buscaba la compañía y la alegría, el buen vino y el buen tabaco. Los mejores vicios. Pero no tenía sentido de los límites. Trasgresor y descarado, actuaba intencionalmente como un príncipe de lo políticamente incorrecto, como si las reglas —incluso las de la buena educación— valieran sólo para los demás, para los normales. No para mí, que era excepcional. En una palabra: era insoportable. Cómo logré tener amigos, y hasta llamar la atención de una joven estupenda, Luisa, que pronto se convertiría en mi esposa y me regalaría un hijo, Sandro, cuando apenas tenía 22 años; es todavía un misterio incluso para mí. Tal vez, algunos amigos presentes aquí el día de hoy estarán pensando: sigue siendo el mismo. Sinceramente, no lo creo. Puede ser que en algunas actitudes exteriores... Pero no, en lo sustancial soy otra persona. Al menos eso espero.

He intentado diseñar esta especie de “autorretrato del homenajeado adolescente”, para resaltar cómo el encuentro con Bobbio, para mí,

fue decisivo, también en el plano estrictamente personal. Por supuesto, no fue un encuentro aislado. El ambiente turinés estaba plagado de estímulos. Yo había frecuentado el mismo liceo, la misma preparatoria, que Bobbio, el prestigiado Máximo D'Azeglio. Una vez que ingresé en la Universidad, Facultad de Filosofía, establecí contactos provechosos para mí con un cenáculo de profesores anti-metafísicos y anti-retóricos: Nicola Abbagnano, Pietro Chiodi y los alumnos de éste último. Otro círculo intelectual, lo encontré en la Facultad de Ciencias Políticas, recién nacida al emanciparse de la Facultad de Derecho: por encima de todos, Alessandro Passerin D'Entreves, profesor de filosofía política, hombre de cultura cosmopolita, que había sido colega y amigo personal de Herbert Hart en Oxford y que tuvo la generosidad de abrir su casa y su riquísima biblioteca a este joven descarado, aunque brillante, al que trató con indulgencia e ironía.

Pero fue Bobbio quien me cambió radicalmente. No de inmediato. No durante mi carrera, demasiado exitosa como para sosegar la mente de un joven presuntuoso como yo. A los veintitrés años obtuve el título de doctor de filosofía, *summa cum laude*, director de tesis, por supuesto, Bobbio. Mi ego hipertrofiado se fue desinflado poco a poco a lo largo del año siguiente, cuando asumí el cargo oficial de “asistente” —es decir, de colaborador— de Bobbio. Para decirlo con una metáfora: al pasar muchas horas con él, todos los días, en su oficina y en su casa, se fue revelando ante mí, de manera paulatina, la profundidad de mi profesor; quiero decir, su figura entera, que hasta entonces se me había aparecido sólo como una imagen llana, en dos dimensiones. Descubrí la constelación impresionante de sus intereses y curiosidades: tomé conciencia de que creía saber mucho, pero sabía muy poco. Y ante la manera directa, aparentemente sencilla, con la que él relacionaba los estudios teóricos y los problemas del mundo real —pero siempre a partir de éstos—, logré darme cuenta de que yo era un abstracto doctrinario. En aquel año académico —1972-1973— Bobbio había cambiado la cátedra de Filosofía del Derecho por la de Filosofía Política, ocupando la plaza de D'Entreves, que se había jubilado. El tema de su primer curso en la nueva materia fue: “Sociedad y Estado, de Hobbes a Marx”. Entonces, además de encargarme algunos seminarios, Bobbio, decidió que yo participaría en el curso, impartiendo lecciones sobre algunos temas específicos. Al

final del año escolar, se propuso editar un libro con las lecciones del curso y me pidió que redactara los capítulos sobre Rousseau y sobre Hegel. Sin darme cuenta de lo que eso implicaba, acepté. Me tardé un poco, pero cumplí. Y bien, precisamente cuando tuve en las manos el libro, con ambos nombres en la portada —Bobbio y Bovero—, mi juvenil presunción se desquebrajó: de un golpe, me resultó evidente la desproporción. No para colmar la distancia, sino para superar ese sentimiento de vértigo empecé a estudiar de otro modo y con intensidad aún mayor. Adopté otra postura y otra actitud, no sólo ante los estudios, sino también ante la vida real, ante las relaciones con los demás y ante los compromisos privados y públicos.

Eran tiempos terribles. El sesenta y ocho —en el que había participado como casi todos los de mi generación—, había cedido su lugar a los años de “plomo”: los años de las Brigadas Rojas y de las bombas fascistas, de la llamada “estrategia de la tensión”. Una estación que culminó con el asesinato de Aldo Moro. Fue en aquellos años cuando un grupo de amigos y compañeros, con los que compartía un sentimiento profundo de desconcierto y de molestia moral, creamos un círculo de reflexión en el Centro de Estudios Piero Gobetti, que había sido fundado años atrás, por Bobbio y otras personalidades piamontesas para recoger y preservar la herencia ideal de la resistencia contra el fascismo. Establecimos un seminario permanente, intitulado “Ética y política”. Bobbio asistió a casi todas nuestras reuniones, Ahí surgió mi vínculo estrecho con Marco Revelli —por demás, escritor genial cuya obra debería ser conocida también en México—. Paralelamente, en ese mismo periodo —es decir, la mitad de los años setenta— comencé a frecuentar la fundación G. Feltrinelli de Milan. Su joven director, Salvatore Veca, organizaba seminarios de filosofía política. Ahí encontré, entre otros, a un nuevo amigo y maestro —él sí, en verdad cultísimo—, Remo Bodei. Poco a poco, en ese ambiente, cobró vida la idea de intentar una operación similar a la que Bobbio y otros estudiosos de su generación habían emprendido después de la II Guerra Mundial: abrir el debate científico italiano a ciertos autores y temas de la cultura internacional que habían sido descuidados. De ahí surgió el interés, entre otros, por Rawls y por las nuevas teorías de la justicia. Fuimos desarrollando una comparación crítica y autocrítica de éstas y otras perspectivas teóricas con aquellas que en Italia tenían mayor

presencia en aquellos años. Nos liberamos de nuestro marxismo imaginario —piensen que en los primeros años setenta yo me creía que era un marxista turinés tercermundista—, pero sin que ello implicara volverse antimarxistas y, mucho menos, perder nuestra orientación ideal. Por el contrario: nunca dejamos de vislumbrar nuestra estrella polar, el valor de la igualdad.

Con Veca y Bodei fundamos, en 1981, el Seminario de Filosofía Política. La primera exposición —del primer encuentro— la hizo Bobbio, hablando sobre el concepto de justicia. Las reuniones anuales del seminario siguen celebrándose, aunque la composición de los participantes ha cambiado con el tiempo. Después de veinte años, el grupo milanés se separó y caminó por su cuenta; fue sustituido por la escuela genovesa de los alumnos de Giovanni Tarello, costilla “realista” de la teoría analítica del derecho de inspiración bobbiana.

En esos años, Bobbio dejó la cátedra porque alcanzó la edad de la jubilación. En 1979, la Facultad me designó como su sucesor en la misma cátedra de Filosofía Política. Tenía solamente treinta años. En el mundo académico esa decisión provocó consensos y disensos. Entre los amigos, prevalecieron las bromas amistosas y las “tomadas de pelo”. El chiste más mordaz fue el de Remo Bodei. En uno de nuestros seminarios, inmediatamente después de mi designación, dijo: “es natural que un maestro anciano elija para que lo reemplace al alumno que más se le parece... físicamente”. Y se dio un par de golpes en la nariz.

A principios de la década de los ochenta también tuvo lugar mi primer contacto indirecto con México: llegó a estudiar a Turín un joven, José Fernández Santillán. Pensaba, seguramente, que Bobbio seguiría sus estudios, pero en su lugar me encontró a mí. Aunque tuvo la fortuna de asistir, todavía, a dos seminarios que el propio Bobbio impartió en paralelo a los cursos de Filosofía Política. En dos años de trabajo intenso, Fernández Santillán elaboró una buena tesis sobre Hobbes y Rousseau. Cuando regresó a su país inició un extraordinario trabajo como traductor y difusor de la obra política de Bobbio, que era mucho menos conocida en América Latina que la obra jurídica.

Al dejar las aulas, Bobbio multiplicó su actividad científica. Y su influencia intelectual y moral fue aun más grande: escuchado y reconocido como una conciencia crítica de la nación, publicó uno de sus textos más famosos, empezando con “El futuro de la democracia”.

También la Escuela de Turín, que quizá en ese entonces no tenía plena conciencia de su propia existencia, estaba creciendo. De hecho, comenzó a difundirse también en el extranjero: Francia, España, Suiza, Alemania. Después en América Latina, especialmente en Brasil y México. Ciertos alumnos incluso se desplazaron a algunos de estos países, hasta llegar, aunque parezca increíble, en un caso, a Estados Unidos. En 1984, Luigi Bonanate, uno de los mejores expertos de relaciones internacionales —y para mí, una especie de hermano mayor entre los alumnos de Bobbio— propuso la fundación de una revista, *Teoría Política*, de la que sigue siendo director hasta hoy. Nos orientamos, sobre todo hacia los estudios de los problemas de la democracia. No era solamente una preocupación intelectual, también era el clima político lo que nos empujaba en esa dirección. Mientras, el mundo occidental se inclinaba a la derecha —Tatcher, Reagan...—, los regímenes democráticos manifestaban síntomas de nuevas patologías. En Italia, después de los años de sangre, llegaron los años de lodo, los años de la corrupción de la vida pública.

En 1987, el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM organizó un seminario internacional sobre “Teoría de la democracia”. Entre otros, nos invitaron a Bobbio y a mí. Pero el maestro no se sintió en condiciones de realizar el viaje. Yo acepté. Para mí fue una experiencia estupenda. Encontré muchos estudiosos que, con los años se convertirían en amigos queridos. Con uno de ellos, quizá la personalidad más relevante, la suerte no permitió siquiera iniciar una relación verdadera: Carlos Pereira, el “Tuti”. Dos años después, en abril de 1989, el mismo Instituto me invitó a impartir un curso de Teoría General de la Política: en esa ocasión maduró la primera red efectiva de relaciones con la cultura científica y política mexicana. En este país, que enfrentaba un problema muy particular acerca de la democracia, encontré interlocutores que compartían mis propias preocupaciones intelectuales. Con algunos de ellos descubrí sintonías muy especiales, como con Luis Salazar. La persona que se había encargado de organizar el seminario en 1987 y que, en su calidad de secretaria académica, me había invitado a impartir el curso en 1989, Corina Yturbe, decidió dedicar sus estudios de doctorado al pensamiento democrático de Bobbio y me pidió que dirigiera su tesis. Desde entonces, los intercambios se han vuelto una costumbre: casi todos los años —en ocasiones más de

una vez al año— he regresado a México y muchos amigos mexicanos han ido a Turín.

Poco después del curso mexicano sobre Teoría General de la Política, la caída del comunismo llegó para sorpresa de todos. Ciertamente no nos lastimó: mi generación nunca había mostrado simpatía por el modelo soviético, ni siquiera en los años verdes del marxismo imaginario. Habíamos sido y seguíamos siendo antiautoritarios. Aún más: el fin del imperio autocrático del socialismo real, generó en nosotros la esperanza de que había llegado el momento de una renovación de la democracia, también en occidente. Era una ilusión, y pronto nos dimos cuenta: la caída del muro no provocó un aluvión de democracia, sino de turbo capitalismo y de anti-igualitarismo. Desde entonces nuestras preocupaciones intelectuales se orientaron hacia la elaboración de la categoría de la “democracia aparente”. En Italia, otra ilusión efímera de renovación y rescate de la democracia llegó con la estación de *mani pulite*, en 1992. Pero sólo dos años después, el espacio que la quiebra del viejo sistema político había dejado vacío, fue ocupado por la “pluto-telecracia demagógica” junto a sus cómplices viejos y nuevos, fascistas impenitentes y plebeyos grasientos. Un ataque frontal y mortal a las columnas de la democracia y del estado constitucional de derecho. Para describir e interpretar la naturaleza del nuevo monstruo inventé la noción de “kakistocracia” el gobierno de los peores. Escribí en *Teoría Política* un artículo de filosofía militante intitulado “Constitución y democracia”. Casi en el mismo momento, en otra revista recién nacida, *Ragion Pratica*, apareció un ensayo con el título “Democracia y constitución”. Su autor era Luigi Ferrajoli. Las tesis eran afines, los argumentos muy parecidos. Por una extraña razón, Luigi y yo nos habíamos conocido un poco tarde, sólo hasta finales de los años ochentas y vía telefónica: el me llamó sin que nos hubiésemos encontrado antes, después de leer una larga reseña que escribí de su obra *Diritto e Ragione*. Desde entonces no nos perdemos de vista y cultivamos una relación que para mí siempre ha sido muy fecunda.

Con la llegada del primer gobierno telecrático en 1994, junto con Marco Revelli y los alumnos más jóvenes de la escuela, fundamos el “Grupo de Resistencia Moral”. Le pedí a Ferrajoli y a otros amigos ilustres que participarán activamente con nosotros. Organizamos debates

para despertar a la opinión pública. Como resultado editamos tres pequeños volúmenes con el título *Argumentos para el disenso*. Al cabo de unos meses, al parecer, logramos algunos resultados. Pero la inmadurez democrática era muy amplia, y la pobreza de la clase política, muy profunda. Pocos años después la “pluto-telecracia demagógica” regresó al poder; es más, el gobierno de los peores se difundió, manifestándose de diversas maneras en el panorama político mundial.

Pasando el plano de ideas, tampoco la filosofía política ofrecía un escenario mejor; había surgido nuevas corrientes que, con una fachada progresista, en realidad, escondían muchos peligros para el destino de la cultura democrática: teorías de la identidad y del reconocimiento, comunitarismo, multiculturalismo y diferentes formas de republicanismo. Era preciso analizar cada una de ellas con rigor para desenmascarar la trampa: una tarea que enfrentaron, entre otros, mis mejores alumnos italianos, Ermanno Vitale y Valentina Pazé, quienes, estoy seguro, sabrán dar continuidad a nuestra tradición en el futuro.

Por mi parte, junto al desarrollo de una teoría de la democracia (mi *Gramática* del año 2000); a la recuperación de temas clásicos de gran relevancia para la actualidad —como el tema de la libertad (el volumen *Quale libertà* de 2004 en el que se recogen contribuciones, entre otros, de Luigi Ferrajoli) y el tema de los derechos fundamentales (sobre el que espero concluir en breve un libro que encuentra su inspiración en las tesis innovadoras de Luigi Ferrajoli)—; a la reflexión en torno a los diversos aspectos de la globalización, y, sobre todo, a los problemas del terror y de la guerra (con Ermanno Vitale editamos un libro intitulado *Gli squilibri del terrore* en 2006). En la última década, asumí como una tarea personal muy especial, la promoción de un mayor conocimiento de la obra política de Bobbio que está dispersa en un sinnúmero de ensayos. De ahí surgieron los dos volúmenes de escritos bobbianos: *Dal fascismo alla de la democrazia* de 1997 y, sobre todo, la *Teoría Generale della Politica* que logré entregarle a Bobbio, como regalo por sus noventa años, el 18 de octubre de 1999.

Precisamente en este último periodo, decidieron ir a estudiar a Turín, dos jóvenes mexicanos. Antes llegó Lorenzo Córdova Vianello, quien se dedicó a desarrollar una comparación entre las concepciones de Kelsen y de Schmitt, visualizadas, la primera, como modelo de la teoría democrática, que reivindica la primacía del derecho sobre el

poder y, la segunda, como paradigma de la ideología autocrática, que otorga prioridad al poder sobre el derecho. Algunos años después, llegó Pedro Salazar Ugarte, quien se dedicó a estudiar el debate internacional sobre la relación entre constitución y democracia, proponiendo una reconstrucción sistemática y un análisis riguroso, con propuestas teóricas originales. Los dos resultados científicos son, desde mi punto de vista, excelentes. Pero puede ser que mi juicio sea demasiado subjetivo. En todo caso, en estas aportaciones, la “fracción mexicana” de la Escuela de Turín ha alcanzado una buena consistencia.

Cuando nuestro profesor nos dejó definitivamente, en 2004, fueron estos últimos alumnos mexicanos quienes organizaron en esta misma ciudad un Seminario Internacional en el que se encontraron —probablemente por primera vez— los alumnos ideales de Bobbio —estudiosos de un pensamiento jurídico y político— de Europa y de América Latina. No se trató de un homenaje conmemorativo, sino de un encuentro de estudios serio y fecundo.

De Bobbio aprendimos que política y derecho “son las dos caras de una misma medalla”. Esta metáfora bobbiana, me parece especialmente apropiada para el premio Isidro Fabela, que consiste, precisamente, en una medalla; la cual lleva el nombre de una personalidad que ha ilustrado la política y el derecho en su significado más noble y elevado. La recibo también en nombre de los alumnos más jóvenes de la Escuela de Turín, italianos y mexicanos: que represente para ellos una invitación a mantener un vínculo de fidelidad con una tradición de seriedad en los estudios y de compromiso con las buenas causas.

Muchas gracias.

Imposición de la medalla Isidro Fabela a Michelangelo Bovero, editado por la Facultad de Derecho, se terminó de imprimir en febrero de 2008, en los talleres de Estampa Artes Gráficas, S.A. de C.V. México, D. F. Para su composición se utilizaron tipos Baskerville. Los interiores se imprimieron en papel cultural de 90 grs. La edición estuvo al cuidado del Lic. Alberto J. Montero y consta de 1000 ejemplares.